do récimino, la adelico septimerional, atraido principalmente nacia Casti-

an edvas ferius se podian adquirir toda cliuse re joyes articicus. Como

La escultura de la Capilla del Condestable en la Catedral de Burgos

bian de producir un arre no pers^{to l}iciae, na pande habiarse sino de un arre estamente español, en que se trabas, de manera admirable las dos

La época de los Reyes Católicos es, en muchos aspectos, el gran niomento de Castilla en que esta región se pone a la cabeza de las iniciativas peninsulares.

Los primeros años del reinado de los Reyes Católicos son trabajosos y difíciles para Castilla, la empresa de Granada supone un momento de concentración intensísima de sus impulsos vitales. Esta gran empresa, unida a la faena nacional de acallar luchas internas y unir en un solo haz los elementos dispersos, tiene como consecuencia el que las iniciativas artísticas más considerables no pueden incorporarse en las personas reales, sino que obedecen a deseos particulares crecidos en torno a los grandes centros: los Condestables de Castilla, en Burgos, y el Cabildo de Toledo, en la ciudad imperial.

En estas condiciones se llega al año 1492, decisivo en la historia de Castilla y en sus horizontes intelectuales, puesto que origina una crisis rotunda con dos hechos de capital importancia: de una parte, la liquidación de la conquista de Granada; de otra, el descubrimiento de América, y como consecuencia de ellas, la consolidación del sentir nacional

y la afirmación de la propia personalidad llegan a su máximo.

La riqueza y el bienestar progresivamente acentuados en la Península, y la absorción de los españoles por grandes empresas, originan una verdadera explosión artística, en la que se unen dos grandes corrientes que han de contribuír a formar la fisonomía de lo que Bertoux llamó «estilo Isabel», ya que su inspiradora constante parece ser fué la Reina Isabel. Estas influencias artísticas son, en primer lugar, lo morisco, cuyo dominio principal se extiende por la arquitectura y artes industriales, originando complicaciones decorativas muy del gusto popular, y dando brillo externo a los monumentos, sobre la base de yeserías, empleo de colores intensos en una policromía muy característica, etc., y, en segun-

do término, lo gótico septentrional, atraído principalmente hacia Castilla, a favor de las intensas relaciones comerciales que originaba Burgos, con su gran comercio de lanas con Flandes y Medina del Campo, en cuyas ferias se podían adquirir toda clase de joyas artísticas. Como consecuencia, llega un momento en que la inmigración no es de obras sino de artistas, principalmente flamencos, borgoñones y alemanes del Rhin, ya que son éstos los focos europeos más próximos al sentir español por sus caracteres de naturalismo y de policromía y por su sentir barroco, tan de nuestro gusto siempre.

A pesar de lo dominante de estas dos tendencias, que parece habían de producir un arte sin personalidad, no puede hablarse sino de un arte netamente español, en que se traban de manera admirable las dos influencias, gracias al poder extraordinario de captación del ambiente español. Este gran arte isabelino, lo más original que quizá se haya pro ducido en España, tiene como características generales un dominio tal de las estructuras arquitectónicas, que le permite esconderlas y supe rarlas, y una armonía esencial entre los elementos góticos y moriscos. La consecuencia es la enorme impresión de fastuosidad que producen todas las obras de este período.

Uno de los monumentos artísticos más hermosos y característicos de este período es la capilla del Condestable, que se alza como capilla central de la girola de la Catedral de Burgos, y a la que Bertoux llamó «Joya de la Catedral».

Se levanta esta capilla en el lugar que ocupó la llamada de San Pe dro o del «Conde», conocida por este nombre porque por encargo de Enrique II se fundaron en ellas las capellanías del conde Don Sancho.

Comenzada su construcción en el último tercio del siglo XV, de 1482 a 1487, es un gran prisma de base octogonal, muy alto, con sus muros calados por ventanas, provistos de mùltiples pilares en los rincones, a los que corresponden exteriormente los contrafuertes de ángulo y cubierta con una maravillosa bóveda estrellada. La solución es únicamente posible mediante el empleo de los más finos elementos del gótico postrero, en colaboración con sistemas de trazados de bóvedas y de equilibrio que salen de lo gótico para entrar en el campo de las tradiciones moriscas. Esta capilla del Condestable es única en la historia de la arquitectura española; ella sola bastaría para haber inmortalizado el nombre de su arquitecto Simón de Colonia, y supone dentro de nuestro siglo XV un centro artístico semejante a lo que El Escorial significa dentro del XVI.

En esta capilla, aquella claridad y elegancia, que eran la esencia del goticismo, se han cambiado en opulencia decorativa y primores técni-

cos, favorecidos por el contacto continuo con el mudejarismo, al mismo tiempo que por la influencia recibida de los Paises Bajos, con su manera realista y expresiva de tratar la escultura y su modo típico de plegar los paños como si fuesen telas gruesas y sin acusar el desnudo. Estas dos influencias hacen que la escultura española de esta època pase por un período de verdadero barroquismo con su afán por ocultar con adornos y filigranas las líneas arquitectónicas y borrar bajo complicados ropajes la figura humana; al mismo tiempo se comienza a entrever el resurgir del Renacimiento del que en esta capilla encontraremos magníficas muestras. Esta influencia, directa de las modas italianas, nos llega a través de la gran familia de Tendilla y Mendoza, y produce un renacimiento primerizo a finales del siglo XV.

Dentro de ella se encierra una gran riqueza ornamental y escultórica. En las jambas de la puerta, y flanqueando la reja de Andino, se nos ofrecen las primeras esculturas, de puro estilo gótico, que representan la Asunción de la Virgen; aunque no exentas de gracia, y quizá por estar situadas en la parte más antigua de la capilla, adolecen lo mismo la Virgen que el ángel de desproporciones bastante marcadas, al mismo tiempo que son algo rígidas en sus actitudes.

En esta misma parte de la capilla, a uno y otro lado, se conservan dos sepulcros, únicos recuerdos de la primitiva de San Pedro, y cuya escultura decorativa es, aunque gótica, de una ingenuidad marcadamente románica.

A lo largo de todo el edificio, a uno y otro lado de los haces de columnillas que en sus ángulos soportan la maravillosa bóveda estrellada, se alzan majestuosos en sus actitudes, bajo ricos doseles, todo el apostolado, San Juan Bautista, San Agustín y San Jerónimo, de rostros muy expresivos y de proporciones perfectas. Son obra de Simón de Colonia, el segundo de la dinastía de artistas iniciada por aquel Juan o Hans de Colonia, traído por D. Alonso de Cartagena al regresar en 1431 del Concilio de Basilea. Simón de Colonia forma con Enrique Egas y Juan de Guas, el grupo de grandes artistas guías del estilo Isabel. En sus manos adquiere forma definitiva lo burgalés, tan rico de soluciones para todos los problemas, y durante años, Burgos, forma la ciudad artística más importante de España. El talento decorativo de Simón, hace de la capilla del Condestable una maravilla de arte.

Las obras de la catedral atraen artistas de todas partes. Hacia el año 1486 aparece trabajando en Burgos Gil de Síloe; probablemente de origen flamenco, tal vez de Amberes. Su intervención en la capilla del Condestable es muy modesta, pues salvo en el retablo de Santa Ana, que dejó incompleto, no parece tuviese otro papel.

Es su hijo Diego, una de las "Aguilas del Renacimiento español», el que ha de dejar huella marcada y perenne de sus dotes artísticas terminando el retablo, empezado por su padre, y midiendo sus armas con otro gran escultor: Felipe de Bigarny, en el altar mayor.

El retablo de Santa Ana, más conocido por el de las Once mil Vír genes, situado en el lado derecho de la capilla. En él se ven de una manera clara las tendencias flamencas, que tanto influyen en el estilo gótico de este período, los ajustados corpiños de las vírgenes, las faldas ampulosas recogidas en numerosos pliegues, sus tocados, sus actitudes llenas de esa ingenuidad gótica que tan agradable hace la escultura de este periodo; todo nos hace recordar los cuadros de Van Dyck o las figuras de Claus Sluter. Sus imágenes, de gran valor artístico, aur la figurilla más pequeña, están tratadas con gran delicadeza. El primer cuerpo de este retablo descansa sobre una larga serie de vírgenes de tamaño muy reducido, y como todas las de este altar, de ejecución muy acabada. En este primer cuerpo, y en su hornacina central, se encuentra uno de los grupos escultóricos más bellos que se conocen: Cristo muerto sostenido por dos ángeles. Este tema fué tratado con mucha fre cuencia por los artistas italianos, pero ninguno supo darle tanta delicadeza como Diego de Síloe, y aunque se le puede considerar encajado dentro de los albores del Renacimiento, conserva aun un aire de goticismo muy marcado, a la vez que es de un gran naturalismo. Las actitudes de las tres figuras corresponden a lo que el artista trató de representar: los ángeles en actitud recogida y en la expresión dolorosa de su rostro, forman contraste con la laxitud del cuerpo muerto de Cristo. Se completa este grupo con una bella encarnación y con estofados de gusto italiano, en donde se reconoce la mano de León Picardo, colaborador pictórico de Diego. En esta misma zona se encuentran dos de las figuras más bellas de este retablo: Santa Inés en el lado izquierdo y Santa María Egipciaca en el derecho, ambas de gran carácter gótico. En los otros dos cuerpos de que consta el altar se ven, junto a vírgenes góticas, otras con marcado carácter renacentista: Santa Marina y otra santa, tal vez, según Gómez Moreno, Santa Marta; son obra de Diego de Síloe y están llenas de aquella gracia peculiar que Diego supo dar a sus figuras femeninas.

Cortando la evolución de nuestro arte del siglo XV entra en Castilla el Renacimiento. Tímidamente los escultores van dando paso al nuevo estilo; primero en lo decorativo, sustituyendo los arabescos góticos por los grotescos italianos; después en la escultura. Pero nuestro Renacimiento no llega por el camino de Italia, sino a través de los paises del Norte, continuando asi la influencia de Flandes en nuestro arte.

Un borgoñón, Felipe de Bigarny, es el que introduce el nuevo estilo en Castilla, influyendo de tal forma sobre Diego de Síloe, que casi llegó a anular la que sobre él había ejercido su padre.

Sobre esta base renacentista, realiza Diego otra de sus obras dentro de esta capilla: el altar de San Pedro, compañero del de Santa Ana, y con el que ofrece el más absoluto contraste, ya que es maicadamente renacentista, rematado por un chapitel que satisface muy poco frente al gótico. En este altar colaboraron Bigarny y Diego, al que son atribuibles las figuras de San Pedro, San Francisco y Santo Domingo, dos apóstoles y algunas pequeñas

A Diego de Síloe se le atribuyen las imágenes del segundo cuerpo y las figuras femeninas de la predela. Pero lo que más atrae la atención es el San Jerónimo penitente, atribuído a Becerra durante mucho tiem-Po, pero que según Gómez Moreno es de Diego de Síloe. Sa ejecución artística es admirable; el cuerpo torturado por la abstinencia ha perdido gran parte de su carne, la piel se ha apergaminado y arrugado, las articulaciones se acusan fuertemente, el rostro demacrado y seco se alza en éxtasis hacia el crucífijo; ninguno de los artistas que repitió este

tema llegó a superar este grupo de Diego.

Ya hemos dicho que Bigarny ejerció una gran influencia sobre Diego de Síloe; durante algún tiempo trabajaron juntos hasta que las rivalidades artísticas los separaron, iniciándose una larga serie de disputas y rencores. Fruto de esa colaboración fué la ejecución del altar mayor de esta capilla. En 1523 firmaron el contrato para la ejecución de este retablo bajo la advocación de la Presentación y por el cual habían de cobrar 2.50) ducados. Ambos artistas se superaron asi mismos, la traza general del retablo parece ser obra de Bigarny, su semejanza con el retablo mayor de Granada es enorme, ambos corresponden a la forma originalísima que tuvo Bigarny de tratar el plateresco. Con él se introduce en Castilla una gran novedad, la imaginería de gran tamaño que aquí tiene su campo más adecuado por la estructura arquitectónica de este retablo, que se aparta por completo de lo hecho hasta entonces.

La predela o banco está adornada por tres relieves que representan, respectivamente, la Anunciación de la Virgen, el Nacimiento del Niño Jesús y la Visitación, estas dos últimas son obra de Síloe, y principalmente el de la Visitación es muy bello, con esa íntima sencillez y esa sensibilidad para los temas femeninos, que son los principales distintivos de Síloe. I and ab acomes ad as obligate consume and and ag

El cuerpo central del retablo está ocupado por una sola escena de gran tamaño, enmarcada dentro de una original hornacina. Representa la Presentación de Jesús en el Templo, y en ella trabajaron los dos

maestros, no siendo difícil deslindar la parte correspondiente a cada uno, y en ningún sitio mejor que aquí se pueden comparar las características particulares de estos dos artistas; Bigarny que aun conserva recuerdos borgoñones, trata sus figuras con mucho realismo, precursor sin duda, de la época de gran realismo que es el período barroco español, sus ropajes son agitados y revueltos, la cabeza del Sumo Sacerdote es sumamente expresiva y de extraordinario brío.

Síloe tiene que luchar con el realismo de Bigarny, empeño del que sale airoso; posee este artista una afinada sensibilidad y un nuevo sentido de la forma, en el que se funden la tradición y el renacimiento con suavidades que Bigarny no tuvo nunca; el lado de la Virgen aunque menos realista que el del Sumo Sacerdote, está dotado de esa suavidad y emoción que ya vimos en el grupo de Cristo con los ángeles; la Virgen es de una gracia encantadora.

El cuerpo alto, desarrollado en forma de tabernáculo ovalado está flanqueado por otras dos grandes imágenes que representan la Ley de Gracia o Iglesia judaica y la Ley Escrita o Iglesia cristiana, la primera, personificada por una joven, y la segunda, por un venerable anciano en actitud imponente, levantando en una de sus manos lastablas de la Ley; una y otra no desmerecen del resto del retablo. En el centro de este mismo cuerpo se hallan representadas las escenas de la Oración del Huerto, Jesús atado a la columna y el Señor con la Cruz a cuestas, las tres son de ejecución algo inferior.

El calvario que remata este retablo posee dos figuras de gran valor artístico: la Virgen y San Juan, notables por su elegancia y actitudes movidas. Cristo y los dos ladrones son de piedra y muy inferiores al resto del altar, posiblemente vestigios del antiguo retablo.

Las esculturas de este retablo, al igual que las de Santa Ana, están completadas por una decoración a base de estofados, obra también de León Picardo.

En el centro de la capilla, descansando sobre amplio lecho de mármol de colores, reposan las figuras yacentes de los Condestables, labradas en fino mármol de Carrara. En ellas, su autor, Felipe de Bigarny, realiza el milagro de dar vida a la piedra; aunque un poco desproporcionadas, queda velado este defecto por la perfección del resto de los detalles. Las cabezas de ambos personajes son de gran realismo, correspondiendo al carácter de ambos; el rostro del Condestable, es el de un hombre enérgico, curtido en los campos de batalla, es el rostro de un conquistador. El de la condesa está dotado de empaque y elegancia como corresponden a una dama de su linaje. Las manos son también de un gran realismo; las del guerrero, fuertes, acusándose sus nervios y

venas; las de su mujer, suaves y redondeadas. Los ropajes ricos y la armadura del Condestable cubierta de escorzos, bichas y cenefas de gran corrección en el dibujo, las distintas calidades de telas están tratadas con gran perfección; las gasas, los encajes, los terciopelos se hallan perfectamente diferenciados.

El último jalón de este rápido vistazo dado a la escultura de esta capilla son las grandes figuras que en el exterior adornan los pináculos. Son góticas las que miran hacia el exterior, posiblemente de Simón de Colonia, las restantes se encargaron a Bigarny y Síloe; corresponden a su estilo, pero son un tanto desiguales.

La construcción de esta capilla, donde tanto arte se encierra, se debió a la iniciativa de doña Mencia de Mendoza de la Vega, hija del célebre Marqués de Santillana, que mientras su esposo, el Condestable, asistía a la conquista de Granada, se entregó con entusiasmo a la tarea de edificarla, al mismo tiempo que la Casa del Cordón y la finca de recreo conocida por Casa de la Vega.

Todo lo dirigió y ordenó dicha señora, y es tradición que cuando el Condestable regresó de sus campañas, su mujer, le recibió con esta frase: «Ya tienes palacio en que morar, quinta en que cazar y capilla en que te enterrar».

DOLORES MARTINEZ ABELENDA

bero, y huelga-dent ques dado su dominio del mento y su dedirición durante el largo correr de mento siglo mestros nobles actividades, su discretación nos enseño y puso de manificato curiosas y algunas desta decidas aportamentes, curios fueran en el el aspecto geólógico, opiniones descipaciones tectominas sobre los Obaremes, la Peña hisyot, freme ha la rialista de Célla, la falla, contactana, de Cimitanasporo, la teura botivariesta en tentralista, en el cumitanasporo, la teura botivariesta en la segunda parte de su discretación, centrada en el glacido de la Urentatario bargalesas, durante los periodios giuenas, interplacido de la Urentatario bargalesas, durante los periodios giuenas, interplacidar y post giadar, las como el arte de las piedas telladas, en el estadoros a conquer o revenente la curioura procediscorica de nuestra provincia, dence el conferenciame la tercera parte del disturso de ingraso; da bronce, del hierro, romana, cristana y moderna, terramando de la actuación del sector, una mutridisima salva de aplaces: de cuantos y documentada fectura, una mutridisima salva de aplaces: de cuantos y documentada fectura, una mutridisima salva de aplaces: de cuantos y documentada fectura, una mutridisima salva de aplaces: de cuantos y documentada fectura, una mutridisima salva de aplaces: de cuantos